

dijo en voz baja con los ojos bañados en lágrimas:

—Caballero, emplearé toda mi vida en darle las gracias por el sacrificio que hace por una pobre muchacha como yo.

Encerraba tantas cosas la mirada, el acento y la actitud de aquella joven, que Lousteau se conmovió y no pudo menos de decirse, al mismo tiempo que le estrechaba la mano por toda respuesta:

—Esta joven podría hacer feliz á un hombre honrado.

La señora Cardot consideraba á su yerno como hombre de gran porvenir; pero de todas las buenas cualidades que le suponía, la que más le encantaba era su moralidad. Advertido por el astuto notario, Esteban había dado su palabra de no tener hijos naturales ni ninguna unión que pudiese comprometer el porvenir de Feliciano.

—Acaso me encuentre usted un poco exagerada, decía la devota al periodista; pero cuando se da á un hombre una perla como Feliciano, es preciso mirar por su porvenir. Yo no soy de esas madres que sólo desean desembarazarse de sus hijas. El señor Cardot apresura el matrimonio de la muchacha y quisiera ya haberlo hecho, y en esto no estamos de acuerdo. Aunque con un hombre como usted, con un literato cuya juventud ha sabido librarse con el trabajo de la actual desmoralización, pueda una estar segura, sin embargo, creo que se burlaría usted de mí si yo casase á mi hija á ojos cerrados. Ya sé que no es usted ningún inocente, y lo celebro por mí

Feliciano (esto se lo dijo al oído); pero si usted tuviese cierta clase de relaciones... Mire, usted ya habrá oído hablar de la señora Roguín, mujer de un notario que, desgraciadamente para la clase, tuvo tan cruel celebridad. La señora Roguín está liada desde 1820 con un banquero...

—Sí, con Tillet, respondió Esteban mordiendo la lengua al pensar en la imprudencia con que había confesado que conocía al banquero.

—Pues bien, señor, si fuese usted madre, ¿no temlaría ante la sola idea de que su hija tuviese igual suerte que la señora Tillet? ¡A su edad, y sin embargo de apellidarse Grandville, tener por rival á una mujer de más de cincuenta años!... Preferiría ver muerta á mi hija, antes de dársela á un hombre que tuviera relaciones con una mujer casada. Una entretenida, una corista, se toman y se dejan. A mi entender, esas mujeres no son peligrosas, consideran el amor como un *modus vivendi*, no quieren á nadie, y si hoy se va una, mañana vuelven dos. Pero una mujer que ha faltado á sus deberes tiene que ser constante, único medio de excusar su falta, si es que un crimen semejante puede tener excusa. Así es al menos como yo comprendo la falta de una mujer decente, y esto es lo que la hace á mis ojos tan temible.

En lugar de indagar el sentido de estas palabras, Esteban las celebró en casa de Málaga, donde se reunía con su futuro suegro, que se avenía con él á las mil maravillas. Lousteau había pasado á ser para sus íntimos un hombre importante: su vida iba á cambiar por completo. Al cabo de pocos días iba á ser propietario de

la encantadora casita de la calle de San Lázaro, se casaba con una mujer encantadora, tendría próximamente veinte mil francos de renta, podría alimentar su ambición, era amado por su esposa é iba á emparentar con distinguidas familias. En una palabra, que bogaba con toda libertad por el agua azul de las esperanzas. La señora Cardot tenía deseos de ver los grabados de *Gil Blas*, uno de esos libros ilustrados que la librería francesa empezaba á dar á luz entonces, y Lousteau había remitido las primeras entregas á la señora Cardot. La notaria tenía su plan, y sólo pedía el libro para devolverlo y tener así un pretexto para caer de improviso en casa de su futuro yerno. La presencia de aquel hogar de soltero, que su marido le decía que era encantador, la ilustraría más, según decía ella, que todo cuanto pudiesen contarle acerca de las costumbres de Lousteau. Su cuñada la señora Camusot, que ignoraba el fatal secreto, temía aquel matrimonio por su sobrina, pues el señor Camusot, consejero de la audiencia, hijo del primer matrimonio, había dicho á su madrastra, la señora Camusot, hermana de maese Cardot, cosas poco halagüeñas acerca del periodista. Lousteau, aquel hombre tan perspicaz, no vió nada de extraordinario en que la mujer de un notario rico quisiese ver un tomo de quince francos antes de comprarlo. Los hombres de talento no descienden nunca á examinar á los artesanos, los cuales pasan desapercibidos gracias á esta indiferencia, y mientras que él se burla de ellos, éstos tienen tiempo de tenderle un lazo.

Durante los primeros días del mes de enero

de 1837, la señora Cardot y su hija tomaron, pues, un coche urbano y se fueron á la calle de los Mártires á devolver las entregas de *Gil Blas* al futuro de Feliciano, encantadas ambas ante la idea de ver la habitación de Lousteau. Esta clase de visitas domiciliarias acostumbran á hacerse aún entre ciertas familias de la clase media. El portero de Esteban no estaba en la portería; pero su hija, al saber que hablaba con la suegra y con la futura del señor Lousteau, les entregó tanto mejor la llave de su habitación cuanto que la señora Cardot le puso una moneda de oro en la mano. Eran precisamente las doce de la mañana, hora en que el periodista volvía de almorzar del café Inglés, cuando, franqueando el espacio que existe entre Nuestra Señora de Loreto y la calle de los Mártires, Lousteau miró por casualidad el interior de un fiacre que subía por la calle de Montmartre, y creyó ver una visión al percibir dentro de él á Dinah. Al cerciorarse de que no se engañaba, quedó helado de espanto en un principio, y después corrió á ella para preguntarle:

—¿Qué vienes á hacer aquí?

El *usted* no era posible con una mujer á quien pensaba despedir.

—Amor mío, ¿no has leído mis cartas? exclamó Dinah.

—Sí, respondió Lousteau.

—Pues entonces...

—¿Qué?

—Que eres padre, respondió la provinciana.

—¡Bah! respondió el periodista sin fijarse en la barbarie de esta exclamación. En fin, se dijo

para sus adentros, habrá que prepararla para la catástrofe.

Y haciendo seña al cochero de que se detuviese, dió la mano á la señora de La Baudraye, dejó el coche lleno de baúles y maletas y se prometió despedir á la mujer y al equipaje mandándolos por donde habían venido.

—¡Señor, señor! gritó la hija de la portera.

La niña era lista y sabia que no era conveniente que se encontrasen tres mujeres en la habitación de un soltero.

—Ven, ven, dijo el periodista arrastrando á Dinah.

La hija del portero creyó entonces que aquella desconocida era una parienta. Sin embargo, esto no fué obstáculo para que añadiese:

—La llave está en la puerta, y su suegra está dentro.

En medio de su turbación y del sinnúmero de frases que le dirigía la señora de La Baudraye, Esteban oyó: «Mi madre está aquí», lo cual no le pareció extraño, y subió sin hacer caso. La futura y la suegra, que estaban entonces en su dormitorio, al ver á Esteban con una mujer se acurrucaron en un rincón.

—¡Esteban mío, ángel mío, por fin soy tuya para siempre! exclamó Dinah saltándole al cuello y abrazándole, mientras que él ponía la llave por la parte de adentro. La vida era una agonía perpetua para mí en aquel palacio de Anzy, y el día en que tuve que declarar lo que constituía mi dicha, me encontré sin fuerzas para ello. ¡Aquí tienes á tu mujer y á tu hijo! ¡Oh!

¡no escribirme, tenerme dos meses sin noticias tuyas!

—Pero, Dinah, me pones en el mayor aprieto.

—¿Me amas?

—¿Cómo no he de amarte? Pero hubiera preferido que te quedases en Sancerre, porque estoy aquí en la mayor miseria, y lamento que vengas á participar de ella.

—Tu miseria será para mí el paraíso. Quiero vivir aquí, aunque nunca más haya de poner los pies en la calle.

—Sí, eso es bueno para dicho; pero...

Al oír estas palabras dichas, con cierta brusquedad, Dinah se sentó y rompió en amargo llanto. Lousteau no pudo resistir esta explosión, y tomando á la baronesa entre sus brazos la estrechó fuertemente, exclamando:

—No llores, Didina.

Aun no había acabado de pronunciar estas palabras el periodista, cuando vió en el espejo la imagen de la señora Cardot, que le miraba desde el interior de su cuarto.

—Vamos, Didina, vete tú misma con Pamela, la hija del portero, á dar orden de que descarguen las maletas, y no llores, que seremos felices, le dijo al oído.

Y dicho esto, la acompañó hasta la puerta y fué á unirse con la notaria á fin de conjurar la tormenta.

—Caballero, le dijo la señora Cardot, celebren el alma haber tenido el deseo de ver por mí misma la habitación del que había de ser mi yerno. Hoy preferiría ver muerta á Feliciano antes de casarla con un hombre como usted.

Caballero, usted se debe á la dicha de su querida Didina.

Y la devota salió llevándose á Feliciano, que lloraba también, y que había acariciado ya la halagüeña idea de ser la esposa de Lousteau. La horrible señora Cardot montó en el urbano mirando con insolencia á la pobre Dinah, que sentía aún en el corazón la puñalada del *eso es bueno para dicho*; pero que, como todas las mujeres amantes, había dado fe, sin embargo, al *no llores, Didina*. Lousteau, que poseía esa especie de resolución que se adquiere con la práctica de una vida azarosa, se dijo:

—Dinah es muy noble, y una vez advertida de mi matrimonio, se inmolará por mi porvenir. Ya me las compondré yo para engatusarla.

Y encantado de hallar una salida cuyo éxito le pareció seguro, se puso á bailar y á cantar, diciendo:

—¡Lariflá, fla, fla! Una vez que haya embaucado á Didina, repuso hablando consigo mismo, iré á hacer una visita á mamá Cardot y le contaré una historia, según la cual yo habré seducido á Feliciano en San Eustaquio... Feliciano, culpable por amor, lleva en su seno la prueba de nuestra dicha, y... ¡lariflá, fla, fla! El padre no puede desmentirme... ¡fla fla!... ni la hija... ¡lariflá! Ergo, el notario, su mujer y su hija están en mis manos... ¡Lariflá, fla, fla!...

Con el mayor asombro, Dinah sorprendió á Esteban bailando una danza prohibida.

—Tu llegada y nuestra dicha me vuelven loco de alegría, le dijo explicándole de aquel modo aquel arrebatado de locura.

—¡Y yo que ya creía que no me amabas! exclamó la pobre mujer dejando el saco de noche que llevaba y llorando de alegría en el sofá en que se había dejado caer.

—Ángel mío, toma posesión de tu casa, mientras que yo voy á escribir dos letras á fin de disculparme con unos amigos, pues quiero ser todo tuyo. Manda como si estuvieras en tu casa.

Esteban escribió á Bixiou lo siguiente:

«Querido amigo: La baronesa ha caído en mi casa como una bomba y va á deshacer mi casamiento si no ponemos en práctica alguna intriga de comedia. Cuento, pues, contigo para que vengas, cual anciano de Moliere, á reñir á tu sobrino Leandro acerca de su tontería, mientras que la décima musa estará escondida en mi cuarto. Se trata de herir su susceptibilidad, y espero, por lo tanto, que te muestres duro y que la hieras. Por mi parte, comprenderás que tengo que fingir un amor ciego y que me mostraré sordo á tus palabras para darte derecho á gritar. Ven á las siete si puedes.

»Todo tuyo,

»E. LOUSTEAU.»

Una vez enviada esta carta al parisiense más aficionado á esta clase de intrigas, Lousteau se apresuró á instalar en su casa á la musa de Sancerre; se ocupó en el arreglo y colocación de todos los efectos que había llevado consigo y la puso al corriente de los enseres y de las cosas de la casa con una buena fe tan perfecta y con un placer tan bien fingido con palabras y con cari-

cias, que Dinah se creyó la mujer más amada del mundo. Aquella habitación cuyos muebles todos llevaban el sello de la moda, agradó á Dinah mucho más que su palacio de Anzy. Pamela Migeón, aquella inteligente muchacha de catorce años, fué interrogada por el periodista acerca de si quería ser camarera de la imponente baronesa, y Pamela, encantada, entró en el acto en funciones yendo á encargar la comida á casa de un fondista del bulevar. Dinah comprendió entonces cuán grande era la pobreza oculta bajo el lujo puramente exterior de aquel hogar de soltero, al ver que no había en él los utensilios puramente necesarios para la vida. Al mismo tiempo que tomaba posesión de los armarios y de las cómodas, la baronesa se forjó los más gratos proyectos: cambiaría las costumbres de Lousteau, le haría casero, completaría su bienestar en el hogar doméstico, etc., etc. La novedad de su situación ocultaba su desgracia á Dinah, que veía la absolución de su falta en un mutuo amor, y que no había llevado sus miradas más allá de aquella habitación. Pamela, cuya inteligencia era muy grande, se encaminó á casa de la señora Schontz á pedirle unos cubiertos de plata y á contarle lo que le había ocurrido á Lousteau. Después de haber puesto su casa á disposición de Pamela, la señora Schontz corrió á casa de Málaga, su amiga íntima, á fin de prevenir á Cardot de la desgracia ocurrida á su futuro yerno. Tranquilo respecto á la crisis que afectaba á su matrimonio, el periodista se mostró cada vez más cariñoso con la provinciana. La comida motivó esas deliciosas niñerías de los

amantes que se ven al fin libres y que se consideran felices gozando de su dicha. Después de tomar el café, en el momento en que Lousteau tenía á Dinah en sus rodillas delante del fuego, Pamela se presentó muy azorada, preguntando:

—Aquí está el señor Bixiou, ¿qué le digo?

—Entra en mi cuarto, que ya lo despediré en seguida, dijo el periodista á su amada. Es un amigo íntimo, á quien voy á decir al mismo tiempo el nuevo género de vida que me espera.

—¡Hola! ¡hola! ¿dos cubiertos y un sombrero de terciopelo? exclamó el colega. Me voy. He aquí lo que tiene el casarse. Ahora te estás despidiendo. ¡Qué hermoso es el cambiar de vida! ¿eh?

—Pues qué, ¿crees acaso que yo voy á casarme? dijo Lousteau.

—¡Cómo! ¿ya no te casas? exclamó Bixiou.

—No.

—¿No? pues ¿qué te pasa? ¿alguna nueva locura? Ya que por una extraña casualidad del cielo has encontrado veinte mil francos de renta, una casita y una mujer perteneciente á las primeras familias de la burguesía, en fin, una mujer que vive en la calle de los Lombardos...

—¡Basta, basta, Bixiou, todo ha acabado! Vete.

—¿Que me vaya? Mi amistad me da ciertos derechos, y he de hacer uso de ellos mal que te pese. ¿Qué te ha ocurrido?

—Que ha llegado aquella señora de Sancerre, que es madre, y que vamos á vivir juntos y felices el resto de nuestros días... Como al fin lo habías de saber, lo mismo da hoy que mañana.

—Vamos, sí, muchas cargas que te caen encima, como dijo Arnald. Si esa mujer te ama de veras, querido mío, debe marcharse por donde ha venido. ¿Ha podido nunca una provinciana hacer buen papel en París? Esa mujer te hará sufrir hiriendo todo tu orgullo y susceptibilidades. ¿Olvidas lo que es una provinciana? Ya verás como te hará tan fastidiosa la dicha como la desgracia, y como desplegará tanto para evitar la gracia como la parisiense para inventarla. Escucha, Lousteau. Concibo que la pasión te haga olvidar el tiempo en que vivimos; pero yo, tu amigo, no tengo los ojos cubiertos con la venda mitológica, y, examinando tu posición, veo que ruedas hace quince años por el mundo literario, que ya no eres joven y vas por sendas muy resbaladizas... Sí, querido mío, te estás portando como un chiquillo, y tu conducta es censurable. Tu frase es más conocida que un remedio secreto...

—Voy á decirte como dijo el regente al cardenal Dubois: «¡Basta ya de patadas como esas!» exclamó Lousteau riéndose.

—¡Oh! anciano joven, exclamó Bixiou, tú sientes ya el hierro de la operación en la llaga. Estás agotado, ¿verdad? Pues bien, con el ardor de la juventud, bajo la pasión de la miseria, ¿qué has ganado? No figuras aún en primera línea y no posees mil francos tuyos. He aquí cifrada tu posición. En el ocaso de tus fuerzas, ¿podrás sostener con tu pluma una casa, cuando tu mujer, si es honrada, no cuente con los recursos de una entretenida para extraer un *billete de mil* de las profundidades donde los esconde

el hombre? Fijate en que te sumes en la mayor miseria. Pero esto no es más que la parte económica. ¿Quieres que veamos la parte política? Vivimos en una época esencialmente prosaica en que el honor, la virtud, la delicadeza, el talento, el saber, genio, todo, en una palabra, consiste en pagar sus deudas, en no deber nada á nadie y en saber manejarse. Sométete al juicio del vulgo, sé decente, ten mujer é hijos, paga tu alquiler y las contribuciones, haz lo que vienes, y puedes aspirar á todo y llegar á ser ministro, y tienes muchas probabilidades á tu favor, puesto que no eres un Montmorency. Ibas á cumplir todas las condiciones exigidas para ser hombre político, y por una mujer que te plantará dentro de tres, cinco ó siete años, después de haber consumido tus últimas fuerzas intelectuales y físicas, vuelves la espalda á la santa familia, á la calle de los Lombardos, á todo un porvenir político, á treinta mil francos de renta, á la consideración. ¿Es así como debía acabar un hombre que no tenía ya ilusiones?... Comprendo que hicieses eso por una actriz que te hiciese feliz; pero ¿vivir con una mujer casada? Eso es una locura, eso es llamar á la desgracia, eso es gustar todas las amarguras del vicio sin probar sus placeres.

—¡Basta, te digo! Con una palabra está todo explicado: amo á la señora de La Baudraye, y la prefiero á todas las fortunas del mundo y á todas las posiciones. Habrá habido un momento en que me habré dejado llevar de mi ambición... pero lo cedo todo ante la dicha de ser padre.

—¡Ah! ¿te entregas á la paternidad? Pero

¡desgraciado! ¡si nosotros sólo somos padres de los hijos de nuestras mujeres legítimas! ¿Qué significa un chiquillo que no lleva nuestro nombre? ¡Nada! es algo así como el último capítulo de una novela. Te quitarán tu hijo. Esto se ha visto mil veces en diez años. La sociedad, querido mío, pesará sobre vosotros tarde ó temprano. ¡Vuelve á leer el *Adolfo*! ¡Oh! ¡Dios mío! cuando os hayáis conocido bien, ya os veo á los dos desgraciados, sin consideración y sin fortuna, peleándoos como los accionistas de una comandita sorprendidos por el gerente. Vuestro gerente aquí será la dicha.

—¡Ni una palabra más, Bixiou!

—Pero ¡si apenas empiezo! Escucha, querido mío. Hace algún tiempo que ataco mucho al matrimonio; pero, aparte de su ventaja de ser el único medio de establecer las herencias, como ofrece á los mozos sin dinero un medio de hacer fortuna en dos meses, resiste á todos esos inconvenientes. Así es que no hay soltero que no se arrepienta, tarde ó temprano, de haber deshecho por su culpa un matrimonio de treinta mil francos de renta.

—Veo que no quieres comprenderme, exclamó Lousteau con voz desesperada. Vete, que está ella aquí.

—Dispénsame, ¿por qué no me lo has dicho antes?... tú eres mayor... y ella también, dijo en tono más bajo, pero bastante alto para poder ser oído por Dinah. Y te aseguro que ella hará que te arrepientas algún día de lo que hoy haces.

—Será una locura, pero quiero hacerla. ¡Adiós!

—¡Un hombre al agua! gritó Bixiou.

—¡Que el diablo se lleve á estos amigos que se creen con derecho para meterse en lo que no les importa! dijo Lousteau abriendo la puerta de su cuarto donde encontró á la señora de La Baudraye sentada en un sofá, abatida y enjugándose las lágrimas con un pañuelo bordado.

—¡Qué he venido á hacer aquí! dijo Dinah. ¡Oh! ¡Dios mío! ¿por qué?... ¡Esteban, no soy tan provinciana como vosotros creéis! Os estáis burlando de mí.

—Ángel querido, respondió Lousteau tomando á Dinah en sus brazos y llevándola casi muerta al salón, nos hemos inmolado á nuestro porvenir, sacrificio por sacrificio. Mientras que yo amaba en Sancerre, aquí me estaban casando; pero yo resistía, y créeme, era bien desgraciado.

—¡Oh! yo me voy, exclamó Dinah irguiéndose como una loca y dando dos pasos hacia la puerta.

—No, te quedarás, Didina, porque todo ha acabado. ¡Bah! ¿crees que adquiero á poco coste esa fortuna? ¿No tenía que casarme con una rubia, de nariz sanguinolenta, hija de un notario, y cargar con una suegra que puede dar cruz y raya á la señora Piedefer en materia de devoción?

Cuando estaba diciendo esto, Pamela penetró en el salón y le dijo á Lousteau al oído:

—¡La señora Schontz!

Lousteau se levantó, dejó á Dinah sobre el diván y salió.

—Corcito mío, todo está deshecho. Cardot

no quiere malquistarse con su mujer por un yerno. La devota ha armado un escándalo monumental, y, finalmente, el primer pasante actual, que era segundo pasante hace dos años, acepta la hija y el estudio.

—¡Gobarde! exclamó Lousteau. Pero ¡cómo! ¿en dos horas ha podido ese hombre decidirse?

—¿Qué quieres? La cosa es bien sencilla. El muy pillo, que conocía los secretos del primer pasante, adivinó la situación de su patrón por algunas palabras que oyó durante la disputa que éste tuvo con la señora Cardot. El notario cuenta con tu honor y con tu delicadeza, pues todo está ya convenido. El pasante, cuya conducta es excelente, se tomaba el trabajo de ir á misa, pues es un hipócrita acabado, y agrada á la notaria. Cardot y tú seguiréis siendo amigos. El notario va á ser director de una inmensa compañía financiera y te podrá hacer algún favor. ¡Ah! ¡vaya un desengaño!

—Pierdo una fortuna, una mujer, y...

—Una querida, dijo la señora Schontz sonriéndose, porque ya estás más que casado, serás inaguantable, querrás retirarte temprano, y yo, por otra parte, como mi Arturo se está portando muy bien, quiero serle fiel y romper con Málaga... ¿Me dejas ver á tu musa de Sancerre por el agujero de la cerradura? le preguntó la entretenida. ¿No hay animal más hermoso que ella en el desierto? exclamó. Has salido perdiendo. Es digna, seca, llorona y sólo le falta el turbante de lady Dudley.

—¿Qué ocurre aún? preguntó la señora de La Baudraye, que había oído el ruido de una falda

de seda y los murmullos de una voz de mujer.

—Ocurre, ángel mío, exclamó Lousteau, que estamos unidos indisolublemente. Acaban de traerme una respuesta verbal á la carta que me viste escribir á fin de romper mi matrimonio.

—Y ¿era ese el compromiso con los amigos?

—Sí.

—¡Oh! seré más que tu mujer, te doy mi vida y quiero ser tu esclava, dijo aquella pobre mujer engañada. Nunca hubiera creído que me fuese posible amarte más... ¡Cómo! ¿me aseguras que no he de ser ya accidental en tu vida?

—Sí, hermosa mía, mi noble Didina.

—Júrame que sólo la muerte podrá separarnos.

Lousteau quiso embellecer su juramento con sus más seductoras zalamerías. He aquí por qué: desde la puerta de su habitación, donde había recibido el beso de despedida de la entretenida, hasta la del salón en que yacía la musa aturdida por tan sucesivos choques, Lousteau había recordado el estado precario del raquítico La Baudraye, su fortuna y aquellas palabras de Bianchón acerca de Dinah: «¡Algún día será una viuda rica!» y entonces se dijo para sus adentros:

—Prefiero cien veces por mujer á la señora de La Baudraye que á Feliciano.

De suerte que no tardó en decidirse y en proponerse representar el amor con admirable perfección. Su cobarde cálculo y su falsa violenta pasión tuvieron fatales resultados. En efecto, durante su viaje de Sancerre á París, la señora de La Baudraye había pensado vivir en una ha-



bitación propia á dos pasos de Lousteau; pero las pruebas de amor que su amante acababa de darle renunciando á aquel hermoso porvenir, y, sobre todo, la completa felicidad de los primeros días de aquel matrimonio ilegal, la impidieron hablar de la tal separación. El día siguiente debió de ser y fué una fiesta, en medio de la cual semejante proposición hecha á su ángel hubiese producido la más horrible discordancia. Lousteau, por su parte, que quería tener sumisa á Dinah, la mantuvo en una embriaguez continua á fuerza de fiestas. Estos acontecimientos impidieron, pues, á aquellos dos seres tan ocurrentes el evitar el lodazal en que cayeron con la insensata cohabitación de que tantos ejemplos hay desgraciadamente en París en el mundo literario.

De este modo fué cumplido en todas sus partes el programa del amor provinciano tan burlescamente trazado por la señora de La Baudraye á Lousteau, pero del cual no se acordaron ni el uno ni el otro. La pasión es sorda y muda de nacimiento.

Aquel invierno fué, pues, en París para la señora de La Baudraye lo que el mes de octubre había sido para ella en Sancerre. Para iniciar á su mujer en la vida de París, Esteban entremezcló esta luna de miel con excursiones á los teatros, á los que Dinah sólo quiso ir á platea de proscenio. En un principio, la señora de La Baudraye conservó algunos vestigios de su gazonería provinciana, creyó ser vista y ocultó su dicha, diciendo:

—El señor de Clagny ó el señor Gravier son capaces de seguirme.

Dinah temía á Sancerre en París.

Lousteau, cuyo amor propio era excesivo, educó á Dinah á su modo, la llevó á casa de las mejores modistas y le mostró á las mujeres que estaban entonces de moda recomendándole que procurara imitarlas. De este modo, el exterior provinciano de la señora de La Baudraye no tardó en desaparecer y Lousteau fué felicitado por sus amigos á causa de su amante. Durante este período, Esteban produjo poca literatura y se empeñó considerablemente, sin embargo de que la altiva Dinah hubiese empleado todas sus economías en su tocado é indumentaria y creyese no haber causado el más ligero gasto á su querido. Al cabo de tres meses, Dinah se aclimató, se había embriagado de música en los Italianos, conocía los repertorios de todos los teatros y sus actores, los periódicos, se había acostumbrado á aquella vida de continuas emociones y á aquella rápida corriente donde todo se olvida; no tenía ya el cuello como la estatua del asombro con motivo de las continuas sorpresas que ofrece París á los viajeros, y sabía respirar el aire de aquel ambiente espiritual, animado y fecundo, que las gentes de talento no pueden abandonar porque se sienten en su elemento. Un día, leyendo los periódicos que Lousteau recibía, vió en uno de ellos dos líneas que le recordaron á Sancerre y su pasado, dos líneas á las que ella no era ajena, y que decían lo siguiente:

«El señor barón de Clagny, fiscal de la audiencia de Sancerre, ha sido nombrado sustituto del fiscal general de la audiencia real de París.»

—¡Cómo te ama ese virtuoso magistrado! le dijo el periodista sonriendo.

—¡Pobre hombre! ¿qué te decía yo? Me sigue, respondió ella.

Felizmente, en este momento Esteban y Dinah se encontraban en la fase más brillante de la pasión, en ese período en que se acostumbra uno á otro perfectamente y en que no por eso deja de tener cierto sabor el cariño. Se conoce uno á otro, pero aun no han acabado por comprenderse; no se han separado aún los mismos pliegues del alma y no se ha estudiado uno de manera que conozca, como más tarde, el pensamiento, las palabras y los gestos de los acontecimientos grandes y de los chicos. Se está en el período de encantamiento en que no ha habido aún colisión, divergencia de opiniones, ni miradas diferentes. Las almas se inclinan con cualquier motivo hacia un mismo lado. De suerte que Dinah decía á Lousteau esas mágicas palabras acompañadas de expresión, y esas miradas más mágicas aún que todas las mujeres saben dirigir cuando dicen:

—Cuando no me ames ya, mátame. Si no me amases ya, creo que tendría valor para matarte y para matarme yo luego.

A estas deliciosas exageraciones, Lousteau respondía á Dinah:

—Todo lo que yo pido á Dios es que te deje ver mi constancia. ¡Tú sí que me abandonarás!

—Mi amor es absoluto.

—¿Absoluto? repitió Lousteau. Vamos á ver: figúrate que yo soy arrastrado á correr una broma con mis amigos, y encuentro á una de

mis antiguas queridas que se burla de mí; yo, por vanidad, me las echo de hombre libre y no vuelvo aquí hasta el día siguiente por la mañana. ¿Me amarías aún?

—Una mujer no está segura de ser amada hasta que ve que es preferida, y si tú volvieses á mis brazos, si... ¡oh! ¡ahora me haces comprender la dicha de perdonar una falta á aquel que adoro!

—Pues bien, ahora veo que soy amado por la primera vez en mi vida, exclamó Lousteau.

—¿Ahora te apercibes de ello? respondió Dinah.

Lousteau le propuso escribir una carta en que ambos explicarían las razones que les obligaban á suicidarse, y poseyendo aquella carta, uno y otro podían matar sin peligro al infiel. Pero á pesar de tales palabras, ni uno ni otro escribieron la tal carta. Feliz por el momento, el periodista se prometía engañar á Dinah cuando se hubiese cansado de ella, y sacrificarlo todo á las exigencias de aquel engaño. Para él la señora de La Baudraye era toda una fortuna. No obstante, el libertino sufrió un yugo. Al casarse de aquel modo, la señora de La Boudraye dejó ver su nobleza de pensamientos y ese respeto que da el respeto de sí mismo. En aquella completa intimidad en que cada uno se arranca respectivamente su máscara, la joven conservó el pudor y mostró su probidad viril y aquella fuerza propia de los ambiciosos que constituía la base de su carácter. De suerte que Lousteau sintió por ella una involuntaria estimación. Por otra parte, Dinah, convertida en parisiense, superó á la más encantadora entretenida, era graciosa y

decía palabras como Málaga; pero su instrucción, la educación de su espíritu y sus inmensas lecturas le permitían generalizar sus gracias, mientras que las Schontz y las Florinas no ejercían las suyas más que en un radio muy reducido.

—Se ve que Dinah es de la madera de las Ninón y de Stael, decía Esteban á Bixiou.

—Pues, amigo mío, una mujer que encierra en sí una biblioteca y un serrallo, la creo verdaderamente peligrosa, respondía el burlón.

Una vez que su embarazo fué visible, la señora de La Baudraye resolvió no salir de casa; pero antes de encerrarse en ella quiso asistir á la primera representación de un drama de Nathán. Esta especie de solemnidad literaria interesaba á las dos mil personas que se creen ser todo París. Dinah, que no había visto nunca un estreno, sentía una curiosidad muy natural. Por otra parte, había llegado á sentir tal grado de cariño por Lousteau, que glorificaba su falta, se esforzaba por ir al mundo y quería mirarle frente á frente, sin volver la cabeza. En su consecuencia, la baronesa se vistió de un modo que armonizase con su porte delicado y con la enfermiza morbidez de su cara. Su tez pálida le daba una expresión distinguida, y sus cabellos negros realzaban aún su palidez. Sus grises y brillantes ojos parecían aún más hermosos, ojerosos por el cansancio. Pero le esperaba un horrible sufrimiento. Por una fatal casualidad, el palco que le habían dado al periodista para el estreno estaba al lado del que había sido tomado por Ana Grossetete. Aquellas dos amigas no se saludaron ni quisieron reconocerse. Después

del primer acto, Lousteau dejó sola en el palco á Dinah, expuesta á todas las miradas, mientras que la baronesa de Fontaine y la duquesa Maria de Vandenesse, que había ido con Ana, recibieron en el suyo á los hombres más distinguidos de la alta sociedad. La soledad fué para Dinah un suplicio tanto mayor, cuanto que no supo mantenerse serena empleando sus gemelos; intentó en vano adquirir una actitud noble y pensativa y perder su mirada en el vacío, vió con demasiada claridad que era el punto de mira de todos los ojos, no pudo ocultar su preocupación, se mostró un poco provinciana é hizo convulsivamente gestos que le estaban prohibidos. Por fin, en el intermedio del segundo al tercer acto, un hombre llamó al palco de Dinah, en el cual reconoció ésta al señor de Clagny, que se presentó respetuoso, pero triste.

—Siento un verdadero placer en verle á usted para expresarle toda la satisfacción que me causó su ascenso, le dijo Dinah.

—Señora, ¿por quién he venido á París?

—¡Cómo! le contestó ella, ¿he influido yo acaso en su nombramiento?

—Usted ha sido la única causa de él. Desde que usted salió de Sancerre, aquel pueblo se me hizo insoportable y comprendí que me moría en él.

—Su sincera amistad me complace en extremo, dijo la baronesa tendiendo la mano al sustituto. Estoy en una situación que me inclina á halagar á mis amigos, y ahora más que nunca conozco el gran valor que tienen los verdaderos. Creía haber perdido su estimación; pero el testimonio que de ella acaba usted de darme con su

visita, me satisface más que sus diez años de amor.

—Está usted siendo objeto de la curiosidad de todo el teatro, repuso el sustituto. ¡Ah, querida mía! ¿cómo hace usted ese papel? ¿No podía usted ser feliz y permanecer honrada?... Acabo de oír que es usted querida de don Esteban Lous-teau, con el cual vive usted maritalmente... Ha roto usted para siempre con la sociedad, hasta la época en que, casada con su amante, pueda usted desear esa consideración que desprecia hoy... Si viviese usted en su casa con su madre, que la quiere lo bastante para cubrirla con su égida, al menos hubiera cubierto las apariencias.

—He cometido la torpeza de permanecer aquí, y eso es todo, respondió ella, he renunciado rotundamente á todas las ventajas que el mundo concede á las mujeres que saben armonizar su dicha con las conveniencias. Mi abnegación es tan completa, que hubiera deseado aniquilarlo todo en torno mío para hacer de mi amor un vasto desierto que estuviese ocupado únicamente por Dios, por él y por mí. Nos hemos hecho mutuamente demasiados sacrificios para no estar unidos, unidos por la vergüenza, si usted quiere, pero unidos indisolublemente. Soy feliz, y tanto, que puedo amarle á usted á mi gusto, amigo mío, y darle más confianzas que antes; porque ahora necesito un amigo.

El magistrado estuvo verdaderamente grande y hasta sublime. A aquella declaración en que vibraba el alma de Dinah, respondió con voz desgarradora:

—Quisiera ir á verla á usted á fin de saber si es amada... y así estaré tranquilo, su porvenir no me asustaría. ¿Comprenderá su amante la grandeza de sus sacrificios y habrá agradecimiento en su amor?

—Venga usted á la calle de los Mártires y lo verá.

—Sí, dijo, iré. He pasado ya por delante de la puerta sin atreverme á subir. Usted no conoce aún lo que son los literatos, repuso el señor de Clagny. Ciertamente que hay algunos que son gloriosas excepciones; pero la mayor parte acarrean inauditos males, entre los cuales figura en primera línea la publicidad, que lo marchita todo. Si una mujer comete una falta con un...

—Con un fiscal, por ejemplo, dijo la baronesa sonriéndose.

—Pues bien, sí; con un fiscal, después de una ruptura, quedan algunos recursos, el mundo no ha sabido nada; pero con un hombre más ó menos célebre, el público lo sabe todo. Mire usted qué ejemplo tiene aquí, ante sus ojos. Está usted dando la espalda á la condesa María de Vandenesse, que estuvo á punto de hacer las mayores locuras por un hombre más célebre que Lousteau, por Nathán, y helos ya separados como si no se hubiesen conocido... Después de haber ido hasta el borde del abismo, la condesa se salvó no se sabe cómo y no dejó á su marido ni su casa; pero como se trataba de un hombre célebre, se habló de ella todo un invierno. Sin la fortuna, el gran nombre y la posición de su marido, y sin la hábil conducta de ese hombre de Estado, que se condujo perfectamente con

su mujer, según dicen, ella estaría perdida: cualquiera otra mujer en su lugar no hubiera podido permanecer honrada como permanece ella.

—Y ¿qué había de nuevo en Sancerre cuando usted lo dejó? preguntó la señora de La Baudraye para cambiar de conversación.

—El señor de La Baudraye ha dicho que su tardío embarazo exigía que su parto tuviese lugar en París, y que él se había empeñado en que viniese usted aquí á fin de contar con los cuidados de los médicos más eminentes, contestó el sustituto adivinando lo que Dinah quería saber. De suerte que, á pesar del clamoreo que originó su partida, hasta esta noche estaba usted aún dentro de lo *licito*.

—¡Ah! ¿conserva aún esperanzas el señor de La Baudraye? exclamó Dinah.

—Señora, su marido ha obrado como siempre: ha calculado.

El magistrado dejó el palco al ver que entraba en él el periodista, al cual saludó dignamente.

—Obtienes tú más éxito que la pieza, dijo Esteban á Dinah.

Este corto momento de triunfo causó más alegría á aquella mujer que todos los triunfos que había obtenido durante su vida en provincias; pero al salir del teatro estaba pensativa.

—¿Qué tienes, Didina mía? le preguntó Lousteau.

—Me pregunto cómo puede una mujer domar al mundo.

—Hay dos maneras: ser la señora de Stael ó poseer doscientos mil francos de renta.

—La sociedad nos interesa por la vanidad, por el deseo de figurar, dijo la baronesa. ¡Bah! procuraremos ser filósofos.

Aquella noche fué el último rayo del bienestar engañoso de que disfrutaba la señora de La Baudraye desde su llegada á París. Tres días después vió á Lousteau, cabizbajo dando vueltas en torno del césped de su jardinito y fumando un cigarro. Aquella mujer, que estaba acostumbrada por La Baudraye al placer de no deber nunca nada, supo que su casa estaba sin dinero y que se debían ya dos recibos del alquiler. Esta realidad de la vida parisiense penetró como una espina en el corazón de Dinah, la cual se arrepintió de haber arrastrado á Lousteau á las disipaciones del amor. Es tanto más difícil pasar del placer al trabajo, cuanto que la dicha ha devorado más poesías que las que el malestar hace brotar de un modo luminoso. Feliz de ver á Esteban despreocupado, fumando un cigarro después de almorzar, y con cara radiante de satisfacción y tendido al sol como un lagarto, Dinah no se sintió con valor para amargar su dicha, é inventó empeñar por mediación del señor Migeón, padre de Pamela, las pocas alhajas que poseía, por las cuales le dieron novecientos francos. La baronesa guardó trescientos francos para la canastilla de su hijo y para los gastos de su parto, y entregó gozosamente el resto de la cantidad á Lousteau, que labraba surco á surco, ó mejor dicho, línea á línea, una novela para una revista.

—Gatito mío, acaba la novela sin sacrificar nada á la necesidad, pule el estilo y piensa bien